



Y CAVERON ANGELES Y ARCÁNGELES Á MILLARES, REVUELTOS ENTRE SÍ....

desembarazados de impedimentos, y viendo tranquilos que se acercaba el instante de pelear, se movieron resueltamente. Ya se avista el enemigo. Avanzaba con largos y lentos pasos, formando un inmenso cuadro, dentro del cual llevaba sus infernales máquinas rodeadas de apiñados escuadrones que impedían se descubriese el engaño. Al divisarse, se detuvieron los dos ejércitos; mas de repente apareció Satan al frente de los suyos, y en altas voces se expresó así:

«¡Vanguardia! ¡Á derecha é izquierda! Desplegad de frente, para que cuantos nos odian puedan ver cómo ofrecemos paz y buena avenencia, y con qué sinceridad de corazón estamos dispuestos á recibirlos si aceptan nuestra propuesta y no nos vuelven la espalda por pura perversidad, que es lo que sospecho. Pero pongo al cielo por testigo... Ya ves ¡oh cielo! con qué lealtad obramos. ¡Ea, pues! Los que al efecto estais destinados, desempeñad vuestro oficio, haced lo que dejo indicado, y bien récio para que todos puedan oirlo.»

» Al oír estas palabras falaces y sarcásticas, los que formaban el frente se dividieron á derecha é izquierda, retirándose por ambos flancos, y descubrieron nuestros ojos un espectáculo no ménos nuevo que extraño: una triple fila de columnas tendidas sobre ruedas y hechas de bronce, de hierro ó piedra (que en efecto columnas parecían, ó más bien troncos huecos de encina ú otros árboles, despojados de sus ramas y cortados en los montes); pero horadadas en toda su longitud, ofrecían sus bocas algo de siniestro, que revelaba insidiosos planes. Al lado de cada columna, veíase un serafín, cuya mano blandía una pequeña vara que despedía fuego. Esto notábamos, y no sin sorpresa, perdiéndonos todos en conjeturas; mas no duró mucho la incertidumbre, porque apenas aplicaron ligeramente y todos á la vez las varas á unos agujeros imperceptibles de las columnas, iluminó de pronto el cielo una explosion de fuego, vomitaron las cavernosas máquinas torrentes de humo, y con horrible estruendo, que ensordeció los aires, desgarrando sus entrañas, lanzaron la infernal, indigesta masa que contenían, con fragorosos truenos y una abrasadora lluvia de ardientes globos. Iban asestados contra las filas del ejército vencedor, y era tal su furioso impetu, que dando en medio de ellas, no pudieron resistir su golpe los que se mantenían como firmes rocas, y cayeron ángeles y arcángeles á millares, revueltos entre sí y en el mayor desórden. Ni sus armas les fueron de provecho alguno; que á no serles mas bien embarazosas, fácilmente hubieran podido, como espíritus que eran, condensarse ó esparcirse, y ponerse en salvo; pero ya solo les quedaba la mengua de su

derrota y total dispersion, tanto más segura, cuanto más extendian sus filas. ¿Qué remedio intentar? Si avanzaban se exponían á ser rechazados de nuevo y más vergonzosamente, añadiéndose al desastre el mayor ludibrio de los enemigos, que ya se preparaban á descargar sus máquinas segunda vez: huir amedrentados, era indigna resolucion.

»Veialos Satan, lleno de regocijo, en aquel trance, y burlándose de ellos, decia á los suyos: «¿Qué es eso? ¿Por qué no se acercan más nuestros animosos vencedores? ¿Qué se ha hecho del denuedo con que acometian? Pues ¿no les ofrecemos recibirlos con los brazos y el corazon abiertos (¿puede hacerse más?), y les proponemos términos de avenencia, y ellos, cambiando de opinion, toman el portante, y nos hacen ridiculas contorsiones, como si se propusieran armar una danza? Aunque para danzar, creo que se muestran un tanto atolondrados y bulliciosos; bien que será la alegría que les han causado nuestros pacíficos ofrecimientos; de modo que si se los repetimos, podemos prometernos completo éxito¹.»

»Y en tono no ménos burlon añadió Belial: «Los términos, caudillo nuestro, en que se los hemos hecho, son de tanto peso y tan difíciles de entender, y con tan irresistible fuerza de raciocinio los hemos expuesto, que no es mucho estén todos esos guerreros algo pensativos y desconcertados. No es posible enterarse bien de ellos, sin que le ocupen á uno de piés á cabeza; y por lo ménos esta ocupacion tiene la ventaja de indicarnos que no andan muy derechos nuestros enemigos.»

»Con semejantes chanzonetas los denostaban, creyéndose en su desvanecimiento superiores á todas las veleidades de la victoria. Estimábanse ya con su invencion iguales en poderio al Eterno, y se burlaban de sus rayos y de sus legiones los breves momentos que duró su estrago, que no se prolongaron mucho, porque encendida en ira la divina hueste, echó mano de armas que bastasen á desbaratar el infernal invento. Y fué así que de pronto (admira el vigor, la fuerza maravillosa que Dios ha puesto en sus fieles ángeles) de pronto arrojan las armas, vuelan á las alturas, que con mil deliciosos valles alternan en el cielo como en la tierra, y ráudos cual otros tantos rayos, asen de las montañas, las mueven

(1) Los críticos desaprueban estas grotescas baladronadas de Satan, y las no menos extravagantes que se ponen en boca de Belial á continuacion. Impropias son, en efecto, del lugar, de la ocasion y de los personajes; pero *aliquando bonus dormitat Homerus*.

y desarraigan de sus cimientos con todo el peso de sus rocas y bosques y torrentes, y cogiéndolas por sus cimas, las voltean entre sus manos.

»Hubieras entónces presenciado el asombro y terror que se apoderó de los rebeldes, viendo que las montañas, invertida su base, se les venian encima, y que bajo ellas quedaban aplastadas con su triple fila las maldecidas máquinas, y todas sus esperanzas sepultadas entre tan inmensas moles. Sobre ellos al propio tiempo llovian peñascos y promontorios enteros, que al caer oscurecian la luz, y entre cuyos escombros desaparecian legiones, armas y defensas; y las armas eran ya instrumentos de nuevo daño, porque al romperse herian á los que las empuñaban, ocasionándoles acerbos dolores é imponderables tormentos; y sólo se oian desesperados ayes y horrorosos gritos, pugnando cada cual por librarse de la estrecha prision que le sujetaba, pues el pecado privaba á aquellos espíritus de la sutil fluidez y esencia que poco ántes constituian su sér.

»Pero los que quedaban ilesos se aprovecharon del ejemplo, y apelando al mismo recurso, arrancaron los montes circunvecinos. Comenzaron pues á volar por los aires, chocando unos con otros. Jamás pudo preverse lucha tan espantosa. ¡Con qué infernal rabia se combatia en los estrechos huecos que quedaban, y á pesar del pavor que aquellas tinieblas infundian! Las más cruentas guerras comparadas con la presente hubieran parecido un mero entretenimiento. El estruendo engendraba nueva confusion; la confusion producía mayor frenesi y estrago. Amenazaba desquiciarse el cielo; y seguramente se hubiera consumado aquel dia su ruina, si el Padre Omnipotente, cercado de esplendor en el incontrastable trono de su celestial santuario, pesando los acontecimientos y previendo aquella iniquidad, no la hubiera permitido para realizar sus inescrutables fines de glorificar á su consagrado Hijo, vengándole de sus enemigos, y declarar que transferia en él su omnipotencia; por lo que, como asesor que era suyo, le dijo así:

«Destello de mi gloria, Hijo amado, Hijo en cuya faz aparece visible lo invisible que como Dios yo tengo: tu mano, participe de mi omnipotencia, realizará lo que tengo decretado. Dos dias han transcurrido, dos dias segun en el cielo los computamos, desde que Miguel y sus Potestades han ido á subyugar á esos rebeldes. Tremendo ha sido el combate, como no podía menos de serlo armándose uno contra otro semejantes enemigos. Yo los he dejado entregados á sí propios, y ya sabes que al crearlos los hice iguales, y que no hay entre ellos más desigualdad que la del pecado, bien que ésta no se haya hecho sensible, porque no he fulmi-

nado aún mi condenacion; de suerte que se perpetuaria esa lucha encarnizada, sin que llegara á decidirse su resultado. La guerra fatigosa ha dado ya de sí cuanto puede dar: se ha soltado el freno á la más desesperada contienda; se han empleado los montes como armas arrojadas, cosa ingrata para el cielo y perjudicial á la naturaleza. Dos dias pues han transcurrido: el tercero te pertenece á ti, porque á ti lo he destinado. Todo lo he consentido para que tuvieses tú la gloria de dar fin á esta cruda guerra, que nadie más que tú puede terminar. Yo he infundido en tí tal virtud y gracia tan eficaz, que los cielos y el infierno se prosternarán ante tu poder incomparable. Tú has de sujetar esa perversa rebelion de modo, que todos confiesen ser tú el más digno de entrar en la herencia universal, en la herencia que de derecho te corresponde como Rey que has recibido la unción sagrada. Vé, pues, tú, poseedor del mayor poder de tu poderoso Padre; asciende á mi carro; guía sus rápidas ruedas de suerte que hagan temblar el cielo hasta sus cimientos; lleva mis armas todas, mi arco, mi irresistible trueno; suspende mi espada de tu cintura augusta, para que persiguiendo á esos hijos de las tinieblas, los arrojes de todos los limites del cielo á los más hondos abismos; y allí podrán menospreciar segun les plazca á su Dios, y al Mesias, su ungido Rey. »

»Al pronunciar estas palabras, inundó completamente en rayos de luz á su Hijo, cuya inefable faz recibió toda la efusion del Padre; y lleno de su filial divinidad, le respondió:

« Padre mio, superior á todos los celestes tronos, el primero, el más alto, el más santo y el mejor por excelencia: tu designio constante es glorificar á tu Hijo, como yo te glorifico también á ti, segun es justo. Toda mi gloria y grandeza, toda mi felicidad consisten en que complaciéndote en mí, veas satisfecha tu voluntad, y yo cifraré en cumplirla el colmo de mi ventura. Acepto como dones tuyos tu cetro y tu poder, de que haré dejacion mucho más complacido cuando vengan los tiempos en que todo tú estés en todo, y yo en ti para siempre, y en mí todos aquellos que te sean amados. Pero yo odio á los que tú odias, y puedo armarme de tu terror como me armo de tus misericordias, dado que soy tu imagen en todo. Ministro de tu poder, libraré en breve á los cielos de esos rebeldes, que caerán precipitados en la lóbrega mansion donde los aguardan cadenas, tinieblas y perpétuos remordimientos; porque ellos renegaron de la obediencia que te es debida, cuando el obedecerte á ti es la felicidad suprema. separados entónces tus inma-

culados santos de los ángeles impuros, y rodeando tu montaña santa, y yo su caudillo, entonaremos sinceros cánticos, himnos de la más alta alabanza.»

»Dijo; é inclinándose sobre su cetro, se levantó del asiento de gloria que ocupaba á la diestra del Señor, á tiempo que la tercera aurora sagrada comenzaba á esparcir por el cielo sus resplandores. De repente, y con un ruido semejante al fragor impetuoso del huracan, se lanzó el carro de Dios Padre, fulminando espesas llamas. Tenia sus ruedas unas dentro de otras, y no se movia por impulso ajeno, sino por el instinto de propio espíritu, yendo escoltado por cuatro custodios con aspecto de querubines. Cada uno de estos mostraba cuatro rostros maravillosos, y sus cuerpos y alas estaban sembrados de innumerables ojos, refulgentes como estrellas; ojos que asimismo brillaban en las ruedas, las cuales despedian centellas; y sobre sus cabezas se alzaba un firmamento de cristal en que se veia un trono de zafiro matizado de purísimo ámbar y de los colores del arco iris.

»Cubierto con la celeste armadura del radiante Urim, obra divinamente labrada, ocupa el Mesias su carro. Á su derecha lleva la Victoria, que extiende sus alas de águila, y al costado el arco y el carcaj divino lleno de rayos de triples puntas. Envuélvenle en torno airados torbellinos de humo, de entre los cuales brotan las llamas de ardientes exhalaciones. Diez mil millares de ángeles le acompañan y le rodean veinte mil carros de Dios (yo mismo oí contarlos), que anuncian desde lejos su llegada. Sublimado sobre el firmamento de cristal y sostenido en alas de los querubines, veíasele en su trono de zafiro; mas los suyos le descubrieron los primeros, y se sintieron henchidos de inefable júbilo al divisar ondeante en los aires y tremolado por ángeles el estandarte del Mesias, que era la enseña del cielo. Bajo él congregó Miguel al punto sus legiones, extendidas en dos alas, que en breve rodearon al supremo caudillo formando un solo cuerpo.

»Ya el divino poder le habia preparado el camino del triunfo: á su mandato, retiráronse las montañas á su primitivo asiento; oyeron su voz, y le obedecieron: el cielo recobró su serena faz; los valles y las colinas se cubrieron de nuevas flores. Y vieron todos estos prodigios sus desventurados enemigos, y persistieron en su obstinacion, reuniendo sus huestes para empeñar otro combate. ¡Insensatos, que de la desesperacion sacaban su confianza! ¡Que tal perversidad quepa en ánimos celestiales! Pero ¿hay prodigios que basten á humillar á los soberbios, ni fuerza que pueda ablandar sus corazones endurecidos? Lo que más debiera